

La agonía sonora

«Compré un cuadernillo de a real y en él comencé a desarrollar un *nuevo* sistema filosófico»; a la vizcaína empezaba las cosas. Lo cuenta en *Recuerdos de niñez y mocedad*. Y yo le creo. Este donquijotesco don Miguel de Unamuno al que cantó Antonio Machado y a quien Ortega y Gasset llamó «energúmeno español», que en el fondo es lo mismo, no podía iniciarse en filosofía como no fuera inventándola. O mejor, inventándosela: inventándola para sí. Al fin de cuentas, concebir un sistema filosófico —mi sistema, el sistema que mejor me cuadre— es una tentación hartó normal; para ceder a ella no es necesario haber nacido en España, ni siquiera en Bilbao. Nietzsche ya sintió que toda metafísica es una confesión, un monólogo, el simulacro de un orden universal hecho de íntimos prejuicios demasiado humanos; también debió pensar que, si esto es verdad, lo que más abunda en el mundo son filósofos. Lo que no abunda son Unamunos. Miguel de Unamuno, como Nietzsche, como Pascal, a quien aterraba la soledad de su razón en la callada noche del universo, como ese otro Unamuno danés, Kierkegaard, hermano agónico de Dostoievski, de León Bloy, padeció hasta la muerte la más terrible enfermedad del pensamiento, su más terrible maldición: la conciencia de su originalidad. Y eso es lo mismo que estar solo. Toda la obra de Unamuno lleva la marca de lo singular, toda su vida la lleva. Pero original o singular no en la acepción usual que se da a estas palabras —novedad a la moda, formalismo, extravagancia—, sino en la otra, en la unamuniana. Y así, lo que empezó de muchacho en aquel cuadernito de estudiante, cuando inventó la filosofía, lo hará de hombre, ya sin proponérselo y como por fatalidad, en sus ensayos «a lo que salgan» (escritos en una época en que el género y aun el nombre eran casi desconocidos en España), en *Del sentimiento trágico de la vida*, exposición de la filosofía existencial anterior a Heidegger y a Jaspers, muy anterior a Sartre o a Claudel, en sus desmesuradas y contradictorias conductas públicas, en sus novelas inclasificables y esqueléticas, con una de las cuales (*Niebla*, 1914) fundó además aquel género disparatado, el de la *nivola*. Pero no hay que confundir. La rareza de Unamuno no es léxica ni, aun en un sentido más amplio, es verbal. Lo meramente literario, ha escrito, es meramente despreciable. Que las palabras lo atormentaban, de eso no cabe la menor duda —basta evocar las múltiples acotaciones semánticas que interrumpen por todas partes una idea o un juicio—, pero justamente por eso tampoco cabe ninguna duda de que, quien así escribió, padecía la obsesión de buscar en las palabras el origen antiguo de las cosas. En su prólogo a *Contra esto y aquello* («desde el destierro fronterizo de Hendaya, hoy, 11 de noviembre de 1928»), él lo explica así, por el absurdo: «Cuando al publicar mi novela *Niebla* inventé la palabra aquella de nivola, se echaron sobre ella no pocos lectores a quienes la tal palabreja alentaba, en su pereza mental, a juzgar la novela como tal novela y nada menos que toda una novela, que es». Lo que vuelve de pronto las cosas a su sitio y resulta, en todo caso, una

originalidad al revés, su paradoja. «¿Resucitar el Quijote?», se preguntó alguna vez, «en cuanto a eso, yo creo haber resucitado el de Cervantes».

Hay, es cierto, otra originalidad en el sentido de extravagancia o más precisamente de excentricidad, de estar fuera de centro, a la que Unamuno no escapa y en la que los turistas de biografías suelen detenerse, embobados, así como se detienen en los mirasoles de Oscar Wilde, en las borracheras colosales de Dylan Thomas, en la delincuente homosexualidad de Jean Genet, o en la oreja izquierda de Van Gogh. Es natural, y hasta perdonable. La noción del espacio curvo resulta menos sobrenatural si uno consigue pensar en la melena versátil de Einstein o en sus zapatos de distinto par; la manzana de Newton, aunque nunca haya existido, es más visible y hasta menos mortal que la Ley de la Gravitación, que por otra parte ya no explica el universo. Miguel de Unamuno, el pensador más original del mundo hispánico y, a veces, uno de sus poetas más altos,¹ era, por fortuna, un caballero algo llamativo y estrafalario. No usaba corbata calumnió a don Juan Tenorio, dormía muchísimo, no dejaba hablar a nadie, decía, y lo decía en España (más tarde en la Argentina lo repitió Borges) que el *Quijote* es más legible en inglés que en español, hacía pajaritas de papel, podía defender simultáneamente la autonomía vasca y la hispanidad lingüística de Euskadi, estaba tan enamorado de una única mujer que su monogamia era casi contranatura, redactaba artículos religiosos titulados, por ejemplo, *Hinchar cocos*. Reveló un atributo espiritual español, la real gana, que es también un atributo argentino, y que según él no tenía su asiento en el alma sino, más bien, en los testículos (*cfr. La agonía del cristianismo*, VI). Si a todo esto se agrega su cara de buho, su flacura de asceta y el que, además de hablar griego, latín y otras cinco o seis lenguas, aprendiera danés sólo para leer a Kierkegaard, parece natural que llamara la atención, aun en la España de Valle-Inclán. Como muchos grandes espíritus, Unamuno, en efecto, era un poco caricatural. Energúmeno, arbitrario, excéntrico: éstas son las palabras que más se oyen a propósito de este español. Y está bien que así sea. Los defectos son algo así como la cortesía de los hombres superiores, una gentileza para con sus contemporáneos. Si Sócrates hubiera sido menos feo, lo habrían ejecutado mucho antes. Lo malo de ciertas caricaturas de Unamuno es que, en vez de perfeccionarnos su imagen, como debería ser, nos borran el adentro del hombre: su lacerado agonizar, su enfermedad milenaria.

La enfermedad de Unamuno, esto me importa ahora.

No hace mucho, para escándalo de algunos poetas de mi generación —quienes por lo visto están sanos— pronuncié esa palabra. Enfermedad. Casi todo el gran arte y la mejor literatura de nuestro tiempo son un oficio de enfermos. Sociales, mentales o patológicos, pero enfermos. El nombre de la enfermedad de Unamuno lo había pronunciado Sören Kierkegaard, en 1849, año en que Poe («the fever called "living"») murió de esta misma peste. *Sygdomme til døden*, la enfermedad mortal. Veinticinco siglos antes, Sócrates, preparándose a beber su cicuta, dijo a sus discípulos que vivir significa

¹ No todo lector, supongo, querrá compartir esta sosegada opinión. A mí me tranquiliza pensar en Aldebarán, Salamanca, «Tú me levantas...», En la basílica del señor Santiago..., en los mejores sonetos del Rosario, en casi todo El Cristo de Velázquez, Vendrá de noche, En un cementerio de lugar castellano, en un buen montón de los casi mil ochocientos poemas del Cancionero póstumo y, entre ese montón, en dos sonetos, el que escribió al cumplir setenta y dos años y el que escribió tres días antes de morir.

estar enfermo durante demasiado tiempo y les pidió que pagaran un gallo a Asclepio, su curador. Unamuno dejó escrito: «Buscadme si me os muerdo / en el yermo de la Historia, / que es enfermedad la vida / y muero viviendo enfermo». Y de ahí, no de su famosa vanidad, «el terrible ornitorrinco de su yo», como diría Ortega. Ornitorrinco que no debe confundirse, lo repito, con vanidad terrible. La vanidad se da en términos de salón, de inmediatez; la fiebre de quedar siquiera en la Historia, en términos de panteón. El autodiagnóstico del mal de Unamuno es así: «¿Orgullo querer dejar un nombre imborrable? ¿Orgullo? Ni eso es orgullo, sino terror a la nada. Tendremos que serlo todo, por ver en ello el único remedio para no reducirnos a la nada. Queremos salvar la memoria, siquiera sea nuestra memoria» (*Del sentimiento trágico de la vida*, III).² Serlo todo: nombre imborrable; salvar, aunque más no sea, nuestra memoria. Hay en la sinceridad de Unamuno un impudor chocante y casi blasfemo. Como sacarse los pantalones en un velorio. Y es precisamente eso: es quedar desnudo ante la muerte. No hay más que un problema filosófico realmente serio, pensaba Albert Camus: el suicidio. La única cuestión es si la vida merece o no ser vivida. Unamuno habría dicho que esta frase es un énfasis, una reflexión de papanatas, una idea francesa: la única cuestión es cómo no morir nunca. Sed de eternidad, la llama en el segundo capítulo de *La agonía del cristianismo*, hambre de inmortalidad, en el resto de casi toda su obra. No quiero invalidar el pensamiento de Camus oponiéndolo al de Unamuno, ni ignoro que, en más de un lugar, estos dos hombres se juntan, lo que busco es reflejar de algún modo la seriedad que para este vasco tenían ciertas ideas, si es que, escribiendo sobre Unamuno, se puede hablar de ideas. Él las llamaría pasiones, arrebatos. Sólo así se puede entender de qué habla realmente cuando habla de dejar una obra perdurable. Perdurar, durar un poco más, es el único consuelo de la condición mortal, y, en boca de Unamuno, es una fórmula casi desesperada. Y hasta un acto de claudicación. Si la inmortalidad personal, la inmortalidad de mi cuerpo tal como es ahora, es imposible, entonces lo único humano que nos queda es la memoria de los otros. «El hombre nacido de mujer, corto de días y harto de sinsabores, que sale como la flor y es cortado, y huye como la sombra y no permanece...», el hombre existencial del *Libro de Job* que se revuelca en su estercolero y canta, necesita por lo menos tu memoria, lector, y mi memoria. Y por eso canta. Los artistas y los poetas hacen su obra por muchas razones. Unamuno escribe porque es mortal. Dicho con sus propias palabras, para derretir el espanto de la muerte. Uno de sus ensayos se llama *El secreto de la vida*, y el secreto es así: «... el secreto de la vida humana, el general, el secreto raíz del que todos los demás brotan, es el ansia de más vida, el furioso, el insaciable anhelo de ser

² El párrafo termina así: «¿Y si salváramos nuestra memoria en Dios?» Dicho con otras palabras, que este Dios casi conjetural es una mera consecuencia o una consolación, un Dios creado para negar la muerte. No me asombra que Unamuno juzgara la Crítica de la Razón práctica como la obra más heroica de la filosofía, al revés de Schopenhauer, quien la vio como una abdicación. Basta leer La oración del ateo para sentir que el título encubre o exorciza un clamor íntimo. También, esta frase de una carta citada por Serrano Poncela (El pensamiento de Unamuno, México, 1953, p. 103): «... si no hay fin en la creación, todo esto es un verdadero absurdo». Unamuno hace a su Dios, irracionalmente, para poder sentir que el mundo es racional. Sólo al profesor Julián Marías (Miguel de Unamuno, Buenos Aires, 1951, p. 198) se le pudo ocurrir que la inmortalidad de Unamuno es «la vida perdurable tal como la afirma el catolicismo: garantizada por Dios, ejemplificada por la resurrección de Cristo» [sic].

todo lo demás sin dejar de ser nosotros mismos, de adueñarnos del universo entero sin que el universo se adueñe de nosotros [...] el hombre quiere todas las tierras y todos los siglos, y vivir en todo el espacio y en el tiempo todo, en lo infinito y en la eternidad». Yo no sé si todo hombre siente así; lo que sé es que para escribir algo semejante *hay* que sentirlo. Después de esto, aferrarse a la ilusión del nombre imborrable, querer salvar por lo menos nuestra memoria, casi parece un acto de humildad. La cuestión, ahora, ya no es no morir, sino morirles a los otros. Vivir es obrar, hacer una obra. Imitar a Dios. Satánica arrogancia con que el hombre unamuniano encara los terribles versículos del Eclesiastés y sustituye el *vanitas vanitatum et omnia vanitas* por el *plenitud de plenitudes*: ahí está la venganza del artista contra la muerte, el triunfo de la creación humana sobre la destrucción divina. Esta larga muerte propia, esta agonía sonora, hecha novela, drama, ensayo o poema, será, para ciertos hombres, la salud de la enfermedad de la vida.

Miguel de Unamuno fue, como todo creador auténtico y antes que nada, un restaurador. La contradicción es aparente. Parafraseando, o más bien atribuyendo a su obra lo que el don Fulgencio de *Amor y pedagogía* afirmaba de la ciencia, pienso que la única propuesta de Unamuno en el ámbito de la creación estética era reorganizar el mundo para devolvérselo en orden, o en un nuevo orden, a la divinidad: re-crearlo. En tiempo de surrealistas, futuristas, ultraístas, la literatura de este hombre resulta escandalosa. No sólo por su forma, amiga de las simetrías y el orden clásicos, sino por su intención. «Los grandes poetas», escribe en su *Epistolario*, «han meditado mucho, de un modo u otro, en el misterio de la vida y de la existencia, del principio o del fin de las cosas»; y, en *Del sentimiento trágico de la vida*: «La filosofía se acuesta más a la poesía que no a la ciencia». En pleno siglo veinte su poética tiene algo de bárbaro. Rastrear sus antecedentes en la Grecia anterior a Sócrates no es alejarse demasiado, se trata de «traducir la Naturaleza en espíritu» y volver a dar con el nombre absoluto de las cosas.

Hay que imaginar a España, aquella España salida de la revolución del 68, las guerras civiles y la República de 1873, del bombardeo carlista a Bilbao («que marca el fin de mi edad antigua y el comienzo de mi edad media»), la España monárquica y anárquica, católica y anticlerical, que entra en el siglo veinte a contrapelo del mundo. Y ahora hay que imaginar a Unamuno, con sus lenguas muertas y sus poetas ingleses, con su Kierkegaard y su Carducci, con su Dios y sus etimologías a lo San Isidoro, con su angustia y sus pajaritas de papel. Nadie como este vasco fue tanto español junto, nadie como él estuvo tan solo en su tierra. «Buscan encasillarme y meterme en uno de los cuadrículados en que colocan a los espíritus, diciendo de mí: es luterano, es calvinista, es ateo, es racionalista, es místico o cualquier otro de esos motes, cuyo sentido claro desconocen, pero que les dispensa de pensar más. Y yo no quiero dejarme encasillar, porque yo, Miguel de Unamuno, como cualquier otro hombre que aspire a la conciencia plena, soy especie única» (*Mi religión*). Y en algún otro lugar, que no recuerdo, se declara hereje, hereje hasta dentro de la herejía, y dice más o menos: «Todo menos un dogma. ¿Y partido? Ah, no: partido nunca. Siempre entero». Ortega y Gasset, queriendo compararlo con algo, dictaminó: «ornitorrinco», y tenía razón. No se parecía a nada. Pero el mismo Ortega cuando lo describe con aquella alegoría del muchachón

de pueblo que, a medianoche, en los bailes castizos, sacude un trancazo al candil, se equivoca adrede: contamina a Unamuno con la oscuridad, con los palos que se dan a ciegos. Y Miguel de Unamuno, filósofo o poeta, novelista o dramaturgo, andaba luciendo por España, alumbrando a España; su inteligencia («esa cosa terrible, la inteligencia») era de una imperdonable luminosidad. España, al apagársele Unamuno, anocheció de golpe. Spinoza, Descartes, Kant, Nietzsche, Schopenhauer, Schelling, Chestov, Avenarius, von Hartmann, Spencer, irrumpieron en España (o España irrumpió en ellos) a través de la palabra de este hombre. Ibsen, Carducci, Leopardi, Carlyle, Tennyson, poetas escandinavos, alemanes, hispanoamericanos (Silva, Darío, Guillén) todo el que se puso a tiro de aquella avidez espiritual dejó algo allí. En 1894, antes que cualquier argentino, mucho antes que Lugones canonizara entre nosotros el *Martín Fierro*, Unamuno ya lo había exaltado ante el entero orbe hispánico. Ignoro si alguien ha hecho la suma de sus lecturas; calculadas a ojo, el número es imponente. Unamuno no era, sin embargo, un erudito o un engarzador de citas: era algo así como un saqueador de almas. Machado escribió que las cosas más originales son las que todo el mundo sabe, sin saber que las sabe; Unamuno decía: «Machado y yo tenemos, a falta de otros, un mérito excelso: el saber repetir. Pero repetir de modo que parezca ser la primera vez» (*Manuel Machado y yo*). El pensamiento ajeno entraba en él y salía de allí sufriendo; las ideas no le importaban, le importaba esa transfiguración que se opera al reencarnarlas desde el propio yo. Las ideas, escribió en alguna parte, si no son más que ideas, conducen al cretinismo. Pascal y Kierkegaard, a quienes Unamuno debe tanto, vistos a través de él, ya no parecen Pascal y Kierkegaard: parecen Unamuno. Su cristianismo salvaje, su hambre caníbal de Dios, tampoco son evangélicos o bíblicos. Ya son únicamente suyos. El Sermón del Monte, aquello de que si te pegan en una mejilla has de poner la otra, él lo entendía (creo) con este agregado: a la miseria. Has de poner la otra a la miseria, la del que te pega. Otro cristiano feroz, León Bloy, ya había entendido más o menos lo mismo. En cuanto a Dios, sentía, como Pascal, que para asomarse a ese abismo hay que abandonar la razón, perderla. «Il faut s'abêtir», decía Pascal. Volverse bestia.

Hay que imaginar a España, la España de Alfonso XIII, de don Jaime, de Ortega y la metafísica germánica que Unamuno ya había inventado en nuestro idioma antes que Heidegger y Jaspers, la España de Primo de Rivera, de la desesperada y caótica República y de la monstruosa y última guerra civil, la España falangista de Millán Astray. Hay que imaginar otra vez, ahora, a este viejo sin especie que en Salamanca, su claustro tapiado al mundo, parecía buscar en las palabras lo mismo que Parménides dos mil quinientos años antes. Vivía tan hacia adentro y en silencio que, en público, no podía callarse. De Primo de Rivera dijo, textualmente: «Un vestido de militar, un putañero, un borracho»; del príncipe de Asturias y don Jaime le bastaba con que uno fuera hemofílico y el otro sordomudo. A Ortega y Gasset, que fue su discípulo pero a quien él mismo, con soberbia humildad, llamaba maestro, lo diluyó de pronto, acaso sin proponérselo, entre «los papanatas que están bajo el influjo de lo europeo». De José María Pemán, un día que quisieron presentárselo en la calle, dijo: «¡No! Quiero morir sin conocerlo»; del idioma vasco, que era un relincho. Todos los países tienen una flor nativa emblemática; la flor nacional de España, para Unamuno, era la ramplonería. Y al joven Miguel Ángel Asturias de 1924, le contestó: «La República, sí, no hay elección

posible». Hay que imaginarlo bien, para entender lo que pasó después. Injusto, arbitrario, generoso, egoísta, creyente hasta el misticismo, casi ateo, genial y grande hasta cuando envidiaba, Unamuno da la razón a Raskolnikov: hay dos medidas. Una, para los hombres ordinarios. Y la otra medida.

Jean-Paul Sartre ha escrito que se muere a destiempo; demasiado pronto o demasiado tarde. Cuando estalló la Guerra Civil, Unamuno, ya septuagenario, aprobó inexplicablemente la rebelión militar de Franco. Le bastó no morir en ese momento para demostrar que, en efecto, hay dos medidas de hombres y que, algunos, mueren en su hora exacta. El 12 de octubre de 1936, el Día de la Raza, en el paraninfo de la Universidad de Salamanca, el general Millán Astray se atrevió, en su presencia, a vivir la muerte. Unamuno no lo trató de contrahecho y mutilado, porque Cervantes también era manco: lo trató de imbécil y de criminal, vaticinó el triunfo del fascismo y profetizó la infamia de esa victoria. Después se fue a su casa y se acostó a morir. Pero esto hay que contarlo bien, diciendo toda la verdad.

Unamuno estaba solo y tenía miedo. En el último año de su vida este anciano medio loco, comido por la culpa y acechado por la muerte, conoció por fin el miedo. Hay ciertos hombres muy grandes que, sin que nadie lo sepa, son la cifra de un pueblo entero. Unamuno fue el espejo de España. Y el miedo de un español debe de ser una cosa enorme. Todo empezó con el triunfo de la República «por la que he hecho», decía sin notar la enfática injusticia, «más que ningún otro en España». La República que lo había llevado al rectorado de la Universidad de Fray Luis y lo hizo concejal del pueblo de Salamanca. La clara República que, para Unamuno, significaba el triunfo de la cultura y la civilización, la apoteosis de la libertad de credos e ideologías. Sólo que la República era humana y española, y podía ser atroz. En diciembre de 1933 este concejal republicano había escrito: «Nos llegan tiempos de prueba y confusión. Los cabezallas políticos no llegan a desentrañar de los actos del pueblo —unas elecciones, por ejemplo— su estado de ánimo» (*Cartas al amigo*, V); en abril de 1934: «¿Es que no ve que hoy, en esta Patria nuestra, apenas hay quien quiera hacer un examen de conciencia? ¿Es que no ve que todas esas convicciones y esos fervores disciplinarios no son más que mentiras y teatro?» (*Cartas al amigo*, XI); y ese mismo año: «Un vendaval de locura —peor: de estupidez— llegado de Europa está asolando a esta pobre España» (*Reflexiones actuales*). Unamuno ve extenderse el símbolo de la esvástica «emblema racista y del más bárbaro e inculto racismo, del racismo xenófobo y antisemítico [...] emblema zoológico, no antropológico. Animal y no humano», y, sobre todo oye que en nombre de la revolución «se ha arrasado o incendiado alguna vieja iglesia aldeana». Quién sabe, se pregunta, si no volverán las matanzas de frailes. En agosto de 1935, sin aclarar ya de quién habla, alude a «uno de esos discursos políticos, sociológicos, a las masas, a las turbas despersonalizadas» que a lo peor «provoca lo que se llama un levantamiento —suele ser un hundimiento— seguido de un crimen colectivo» (*Algo y algos*); por fin, en mayo de 1936, confiesa su íntimo conflicto espiritual: «A la vista [...] de estallidos populares de locura comunal que recuerdan ciertas epidémicas enfermedades de la Edad Media, vuelve uno la atención al pavoroso problema entre la conciencia colectiva y la individual» (*Schura Waldajewa*); días más tarde, el 19 de mayo, habla de muertos y de matadores, y de la censura republicana, «uno de los más claros

síntomas de la estupidez de los que mandan». ¿Qué estaba pasando en su Jerusalén terrestre? Escribe: «Hay días y lugares, horas y sitios en que el ambiente de la calle es de una insolencia salvaje». Es la locura comunal, son los síntomas de la enfermedad colectiva que amenaza la cultura y el espíritu cristiano; y el responsable del caos es el gobierno de Madrid. Unamuno empezaba a ser sólo el espejo del miedo de sus peores enemigos. Franco y sus generales también hablan de salvar el mundo occidental, el cristianismo, y hasta de salvar la República. Un año y medio atrás, a propósito de un incendio, en una de esas páginas de perfecta hermosura que a veces le salían como a pesar de él mismo, Unamuno, de pronto, había profetizado: «¿La crisis? La recordaré mejor cuando pueda recordar el esqueleto del gobierno. Y en cuanto al régimen... ¡Qué resplandores de incendios venideros!» (*Un incendio en la noche*); en junio de 1936 como iluminado por la inminencia de esa visión escribe: «Aquí, en España, se exagera el culto de la matanza sin otra ideología...» Unos días después, estalló la rebelión militar. En julio se le pidió que formara parte del nuevo Ayuntamiento que, en nombre de la República, reemplazaría en Salamanca al Ayuntamiento de la República. Unamuno aceptó. España empezaba a ser una parva de muertos y Primo de Rivera, liberado o huido de la cárcel, se unía a la rebelión. Unamuno, desde el Ayuntamiento, dijo que él estaba allí en nombre del pueblo y sirviendo a España, por la República. Dijo que en la República ya no se respetaban las ideas ni se oponían unas a otras, dijo que España era un estallido de malas pasiones y que era necesario salvar la civilización occidental en peligro. Habló de la estatua de Fray Luis, ante la que pasaba todos los días al ir a la Casa Rectoral, y de su mano de mármol, tendida en signo de paz y calma. Dijo: «Bien de manifiesto está mi posición de los últimos tiempos, sobre que los pueblos están regidos por los peores, como si buscaran a los licenciados de presidio para mandar». Tal vez, al aludir a los licenciados de presidio, imaginó a Primo de Rivera, pero el hecho es que las palabras «regidos por los peores» caían sobre el gobierno republicano de Azaña. Y hablaba, sin poder callarse, en la misma casa donde cinco años antes se había proclamado la República; donde, al regreso de su destierro, impuesto por Primo de Rivera, los estudiantes y los obreros de Salamanca lo habían alzado como a una estatua viva y le entregaron la Universidad y la ciudad de Fray Luis. Después de este discurso, hombres que lo admiraban, lo tratan de traidor, de sirviente del fascismo y de hipócrita. Los más benévolos, de viejo reblandecido. Unamuno, ante un periodista norteamericano, declara que el gobierno de Madrid se ha vuelto loco, literalmente lunático, y pide al presidente Azaña que se suicide. Todavía lo hace en nombre de la cultura, del espíritu y de la libertad, pero ya es difícil creerle. La brutalidad militar, los fusilamientos, el horror, no tienen ideología. El horror republicano, tampoco; pero del lado de Franco ya vuelan los aviones de Hitler: «Yo no estoy a la derecha ni a la izquierda», dice Unamuno. «Yo no he cambiado; es el régimen de Madrid el que ha cambiado». Y agrega, como un fulgor: «Cuanto todo esto pase estoy seguro de que yo, como siempre, me enfrentaré con los vencedores». Es cierto, pero sólo él sabe que es cierto. Los vascos, en Bilbao, arrancan las placas de la calle que lleva su nombre. El gobierno de Madrid lo destituye de todos sus cargos honoríficos. Ese decreto, hay que reconocerlo, está redactado con grandeza y, acaso, con dolor auténtico: al menos, mejor pensado que ciertos despropósitos de Unamuno. Me costaría mucho escribir lo que sigue si no supiera cómo termina: el 1.º de septiembre, el general franquista Ca-

banellas, presidente de la Junta de Burgos, firma el nuevo decreto que, en el nombre de Dios, devuelve al viejo Unamuno su rectorado de por vida y sus honores.

El 12 de octubre de 1936, Día de la Raza, ya no hay bandera de la República en Salamanca, ya casi no hay República en España, ya apenas hay España.

En el paraninfo de la Universidad, en el estrado de honor, están la esposa de Franco, el obispo de Salamanca y, entre eclesiásticos y catedráticos, el general Millán Astray, fundador de la Legión Extranjera y mutilado de la guerra del Magreb. También su escolta armada. Y solo y callado en su alta silla de rector, don Miguel de Unamuno. Demasiado callado desde hacía algún tiempo, demasiado mentiroso y cómplice en sus medios silencios que todavía hablaban, incoherentemente, como si chocheara, del resentimiento español, de salvajadas, de la necesidad de salvar militarmente el mundo cristiano y occidental. Lo imagino chiquito y perdido, como la mula aquella que dijo Borges en su libro sobre Carriego. «No voy a hablar en este acto», ha dicho el día anterior. «Me conozco cuando se me desata la lengua». Tenía miedo, es cierto; pero no cualquier miedo. Un miedo del tamaño de España. Miedo a ser culpable de los sangrientos errores de la República, que había ayudado a fundar; miedo a ser cómplice del salvajismo que ahora la arrasaba y que él quiso confundir con ideal cristiano, con libertad de ideas, con salvación de la herencia cultural grecolatina. Esa mañana le había pedido al vicerrector que ocupara, por él, la presidencia en el oficio religioso. Era cristiano, se sabe, pero también era Unamuno. «Hace cincuenta años que no me confieso», supo decir. En el paraninfo, para que su soledad resultara perfecta, tenía cerca a José María Pemán. Y, por si todo esto fuera poco, Unamuno andaba con catarro. Lo imagino, como dije, chiquito y perdido, pero también lo empiezo a imaginar malhumorado. Entonces comenzó el acto.³ Habló un historiador, habló un padre dominico, habló por fin el catedrático de Literatura Maldonado de Guevara. Exaltó al «Caudillo de España», expuso la necesidad de exterminar a la anti-España, aludió a las nociones morales del Bien y del Mal, denostó a vascos y catalanes. Cuando finalmente se calló, el paraninfo estalló de animalidad contenida. Se oyó el primer «Viva la Muerte». El general Millán Astray inició el rito de la falange: «¡España!», y todo el público, con dócil brutalidad, coreó: «¡Una!» Y así hasta el final: «¡España! ¡Grande! ¡España! ¡Libre!» El anciano don Miguel no intervino. Callado y lejano como piedra, hacía garabatos en un papel. Le correspondía hablar a José María Pemán, y habló. Echando «más leña al fuego del delirio homicida» del paraninfo, escribe Luciano González Egido, habló «en el sentido de su poema *El ángel y la bestia*, en que el ángel era la España iluminada de la tradición católica, y la bestia, naturalmente, la anti-España liberal y democrática». La disertación académica de Pemán terminó de este modo: «Muchachos de España: ¡Hagamos cada uno en cada pecho un Alcázar de Toledo!» No hace falta describir qué sucedió; por otra parte soy incapaz de describir algo que ni siquiera imagino. Me acuerdo, mejor, de una frase de Manuel Machado: «El pueblo es una cosa respetable. El vulgo es una

³ Sigo el orden que propone Luciano González Egido (Agonizar en Salamanca, Madrid, 1986), quien a su vez sigue a Díaz Salcedo (Vida de don Miguel, Salamanca, 1964) y cita los diarios del día posterior a ese acto académico. He cotejado los textos con el testimonio de Pedro Gringoire y con un artículo de Gregorio Selzer (Venceréis pero no convenceréis), publicado, hacia el año setenta, en la revista argentina Raíces. Hago constar, de paso, que el giro «acto académico» es impropio.

cosa detestable. El público es una cosa lamentable». Y, ante lo detestable y lo lamentable, se puso de pie Unamuno.

Se sabe que su voz no era profunda; también se sabe que el azar o Dios, cuando por fin condescienden a mezclarse en los días del hombre, no descuidan ciertos detalles. Unamuno, esa mañana, habló con la voz agravada por el catarro, la indignación moral y el coraje de su espanto. Otros ya han fijado este minuto; Pedro Gringoire lo recuerda así: «Fue más de lo que podía aguantar. Y, ante la expectativa general, con voz firme y llena, empezó a hablar. No parecían pesar sobre él los años. Erectos los hombros, era como un gigante. Su acento era pausado y tranquilo, pero se percibía en él como el lejano retumbar de un trueno. Nunca don Miguel, que tuvo tan grandes momentos en su vida, había estado tan majestuoso, tan magnífico, tan enorme». González Egido describe, durante cinco torrenciales páginas, ese monumental ponerse de pie y romper a hablar. Yo me limito a copiar lo que dijo:

Todos vosotros estáis esperando mis palabras. Todos vosotros me conocéis y sabéis que soy incapaz de guardar silencio. Hay ocasiones en que quedarse callado equivale a mentir, porque el silencio puede ser interpretado como aquiescencia. Se ha hablado aquí de guerra internacional en defensa de la civilización cristiana; yo mismo lo he hecho otras veces. Pero no, la nuestra es sólo una guerra incivil. Nací arrullado por una guerra civil, y sé lo que digo. Vencer no es convencer, y hay que convencer, sobre todo. Y no puede convencer el odio que no deja lugar para la compasión; el odio a la inteligencia, que es crítica y diferenciadora, inquisitiva, mas no de inquisición. Voy a comentar el discurso —de alguna manera hay que llamarlo— del profesor Maldonado. Pasemos por alto la afrenta personal que supone su repentina explosión contra vascos y catalanes, llamándoles la anti-España. Pues bien, con la misma razón pueden ellos decir otro tanto. Y aquí está el señor obispo que, quiéralo o no, es un catalán nacido en Barcelona, para enseñaros la doctrina cristiana que no queréis conocer. Y yo, que como todos sabéis nací en Bilbao, soy vasco, y llevo toda mi vida enseñándoos la lengua española, que no conocéis...

El general Millán Astray, que ha preguntado varias veces en voz alta «¿Puedo hablar? ¿Puedo hablar?», da un golpe sobre la mesa queriendo interrumpir al viejo de la lengua ya desanudada hasta la muerte; grita algo sobre el país vasco y Cataluña «cánceres en el cuerpo de la Nación» y agrega que «el fascismo es la salud de España y que sabrá extirpar esos cánceres procediendo en carne viva, sin asomos de falsos sentimentalismos». Vuelve a oírse el grito del Tercio «¡Viva la Muerte!» y el canto ritual de la Falange; y por encima de todo esto, la tremenda voz de Unamuno, que ya no puede interrumpir nadie, que sigue articulando su última lección sobre ese fondo de consignas que vivan la cosa que más aborreció y temió en este mundo.

Acabo de oír un grito necrofílico y sin sentido: *Viva la muerte*. Y yo, que me he pasado la vida creando paradojas que han despertado iras incomprensibles, os debo decir, en calidad de autoridad experta, que esa grosera paradoja me resulta repelente. El general Millán Astray es un hombre desarbolado. Lo digo sin pizca de malicia. Es un inválido de guerra. También lo era Cervantes. Desgraciadamente en estos momentos hay demasiados desarbolados en España. Y pronto habrá más, si Dios no viene en nuestra ayuda. Me apena pensar que el general Millán Astray pudiera dictar el modelo psicológico de las masas. Un desarbolado que carece de la grandeza espiritual de un Cervantes es capaz de buscar un siniestro alivio ocasionando mutilaciones en su derredor.

Millán Astray vuelve a gritar: «Viva la Muerte», «Muera la inteligencia» y «Mueran los intelectuales». Unamuno, desde toda la altura de su palabra, le responde atronadamente que están en el templo de la inteligencia y que ese recinto es sagrado. Desde

el mismo estrado presidencial, algún catedrático intenta sacarse a sí mismo de la cuestión corrigiendo el grito de Millán Astray o mitigando su alcance. «Abajo los malos intelectuales», se oye, y también: «Traidores».

Éste es el templo de la inteligencia y yo soy su sumo sacerdote. Vosotros estáis profanando este sagrado recinto. Vosotros venceréis, pues disponéis de fuerza bruta más que suficiente. Pero no convenceréis. Porque para convencer necesitáis persuadir, y para persuadir necesitaríais aquello de que precisamente carecéis: la razón y el derecho en la lucha. Considero que es inútil exhortaros a pensar en España. Yo lo he hecho ya.

Miguel de Unamuno nació en Bilbao el 29 de septiembre de 1864; despojado por última vez de títulos y honores, preso en su casa de Salamanca, se les murió a los otros el 31 de diciembre de 1936. En algún momento entre esas dos fechas, escribió: «Los que sí me quieren, los que se me pegan y no me sueltan son los chiquillos... desafío a cualquiera a quién sabe hacer mejor pajaritas, de las que vuelan y de las que no vuelan; mesas, barcos, bonetes, gorros, fuelles, globos, todos de papel; a quién mejor coloca la mosca en la pajarita, a quién hace mejor un muñeco que baile...»

Abelardo Castillo